

Aproximación a una visión crítica del mundo
de la globalización neoliberal

Jaime Ornelas Delgado

Resumen

Los cambios provocados por la globalización neoliberal, tienen que ver con aspectos que van más allá de lo económico. Esos cambios en la política, la cultura y la ideología, tienen que ver con un proyecto diseñado e impulsado por identificables actores sociales y organismos financieros. Uno de los aspectos sobre el que llama la atención el artículo, es la modificación de las dimensiones política y económica del mundo, ya que si bien durante buena parte del siglo xx el Estado nacional correspondió a las necesidades de la acumulación del capital, en la globalización neoliberal la economía rebasa las fronteras nacionales, lo cual plantea la posibilidad de un gobierno económico supranacional. Finalmente, se pone de relieve la dogmática ideología que se encuentra detrás de la globalización neoliberal y, sin embargo, plantea el autor que un mundo diferente es posible.

Approach to a critical vision of the world of the neoliberal globalización

The changes caused by the neoliberal globalización, have to do with aspects that go beyond the economic thing. Those changes in the policy, the culture and the ideology, have to do with a project designed and impelled by identifiable social actors and financial organisms. One of the aspects of the article that calls the attention, is the modification of the political and economic dimensions of the world, although during good part of century xx the national State corresponded to the necessities of the accumulation of the capital, in the neoliberal globalization the economy exceeds the national borders, which raises the possibility of a supranational economic government. Finally, the dogmatic ideology is put of relief that is behind the neoliberal globalization and, nevertheless, raises the author that a different world is possible.

El capitalismo no es el fin de la historia, ni siquiera el horizonte insuperable de la visión del futuro. Hasta podríamos decir, antes bien, que es un paréntesis en la historia abierto alrededor del año 1500 y que hoy urge cerrar.

Samir Amin [2003: 259]

Presentación

El presente trabajo, tiene como finalidad presentar un conjunto de reflexiones sobre los cambios ocurridos a partir de la década de los setenta del siglo xx en el mundo y que dieron lugar a formas de organización de la economía capitalista muy distintas a las prevalecientes hasta esos años.

Así, a partir de los acontecimientos recientes se revisa el concepto de globalización neoliberal y los principios ideológicos que lo sostienen, así como los nuevos significados políticos, económicos y culturales que el modelo neoliberal ha impuesto a la sociedad y los riesgos que corre el Estado nacional debido a la expansión del poder de las corporaciones transnacionales.

Finalmente, a pesar de la aparente situación adversa y el hostigamiento que sufren las fuerzas democráticas, el trabajo ofrece algunas consideraciones sobre el futuro de la acción social y la seguridad de que es posible un mundo diferente, donde se integren la libertad con la igualdad social.

Los cambios

La globalización, nuevo concepto para designar la expansión capitalista en la etapa actual y que con sus pretensiones de homogeneización oculta las crecientes y profundas desigualdades del propio capitalismo, ha impuesto no sólo una nueva cultura

hegemónica sino que también ha modificado la acción del Estado que tiende a diluirse en beneficio del mercado, al tiempo que lo privado se expande confundándose con lo público, mientras el eficientismo en la gestión pública sustituye a la conducción política, el gerente al gobernante y el cliente-consumidor al ciudadano.

Asimismo, la globalización neoliberal en tanto tiende a hacer funcionar al mundo como un mercado único implica cambios en la dimensión política, pues al rebasar la economía las fronteras del Estado nacional se comienza a plantear la necesidad de un gobierno supranacional, lo que incluso pone en riesgo su viabilidad histórica. Antes de esto, el espacio de gestión económica de la acumulación de capital coincidía con la dimensión política del Estado nacional que proporcionaba al modelo la modernidad necesaria para el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo.

La globalización neoliberal, en cambio, tiende a acabar con la coincidencia de esos espacios y si bien tras la Segunda Guerra Mundial, siguiendo los pasos de las metrópolis que los habían subyugado, los países del Tercer Mundo reprodujeron el tipo de Estado que el capital financiero requería para sus necesidades de expansión y reproducción, ahora en el capitalismo mundial los centros de gravedad de las fuerzas eco-

nómicas que gobiernan la acumulación han rebasado las fronteras nacionales tradicionales, aun y cuando ese proceso se de en forma desigual y no exista todavía, en el ámbito mundial, una estructura política que de coherencia a la gestión económica global del sistema.¹

Naturalmente, el propósito de mercantilizar totalmente la vida social ha traído consigo resultados, en algunos casos, tan catastróficos que el discurso neoliberal empieza a perder impulso y legitimidad en tanto se ha demostrado que el crecimiento de la economía no es el producto natural del libre funcionamiento del mercado y de las estrategias emprendidas para lograr su expansión.

Tampoco, la distribución de la riqueza y el ingreso pueden resolverse con la mera expansión del mercado y si bien la pobreza resulta ser parte consustancial al capitalismo, bajo el esquema de la globalización neoliberal se apresura su incremento y sus nocivos efectos se intensifican colocando cada vez más lejos las posibilidades de alcanzar las condiciones mínimas de bienestar para la mayor parte de la población.

Finalmente, las realidades contradictorias del capitalismo no han desaparecido, incluso algunas se han agudizado en la

¹ Es muy probable, sin embargo, que la “guerra santa contra el terrorismo”, iniciada el domingo 7 de octubre de 2001 por el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, como represalia a los atentados terroristas cometidos contra el Pentágono, en Washington y el World Trade Center en Nueva York el 11 de septiembre del mismo año, tenga como motivo fundamental, por supuesto no explícito, la intención de construir el marco político que permita a Estados Unidos ejercer el poder político mundial sustentado en su poderío militar y el mercado.

globalización y el capital en el mundo ha retomado sus formas más salvajes y agresivas de expansión, acentuado sus manifestaciones territoriales más aberrantes como la profundización del desarrollo desigual en los ámbitos urbano y regional, la creciente exclusión social y una marcada segregación espacial, la agresiva pauperización de los trabajadores de la ciudad y el campo, así como la degradación sin freno de sus condiciones materiales de vida, la brutal destrucción de los recursos naturales y el aumento de la contaminación ambiental, la violencia exacerbada y concentrada en las grandes urbes, las guerras coloniales y muchas otras expresiones del “nuevo capitalismo”, que tanto nos hace recordar al de “antes”. [Pradilla, 1996: 20]

Globalización²

Ya desde mediados del siglo XIX, Carlos Marx y Federico Engels habían dado cuenta en el *Manifiesto del Partido Comunista* [1848/1966: 23] de la vocación expansionista de la burguesía y el capitalismo:

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de

² Para aproximarse a las distintas concepciones de la globalización, puede consultarse el libro de Octavio Ianni [1997]. Una interpretación y agrupamiento de las teorías sobre la globalización, puede verse en José Fernández Santillán [1999: 12/14].

los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente.

Hoy, sin embargo, el debate sobre la globalización se ha polarizado entre quienes la consideran un fenómeno estrictamente económico-financiero y quienes la conciben, además, como un proceso que afecta —aunque de manera desigual apreciamos nosotros— al conjunto de las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad a escala mundial.³

La globalización, sin duda, comprende la convergencia de procesos económicos y financieros y, al mismo tiempo, incluye fenómenos como los de comunicación, culturales y migratorios que se producen a una escala global generando nuevas estructuras de interconexión supranacional.

La globalización, según Elmar Alvater [2000: 12], hace referencia a un proceso

³ Incluso, algunos rechazan el concepto y prefieren hablar de *globalidad*, entendiendo con ello un proceso completo cuyo resultado está aquí entre nosotros y es, en consecuencia, inmodificable dato de realidad. Sin embargo, la permanente transformación de la sociedad mundial no deja claro cuando se podrá decir que llegó a un punto definitivo, o cuando sea el momento que se complete, sobre todo porque la esencia de ese proceso es, por su misma naturaleza, diverso geográfica e históricamente. En otras palabras, la globalización opera de manera diferente en los distintos campos de la actividad humana y si bien, desde el punto de vista de la técnica, las comunicaciones y la economía la globalización puede considerarse como una tendencia histórico natural, no ocurre lo mismo en la política, donde los ideólogos de la globalización consideran que la democracia liberal es el estadio final del desarrollo político de la sociedad. .

económico, social y cultural de larga data en el capitalismo y se ha significado por un enorme e intenso dinamismo en los últimos años del siglo xx. De acuerdo con este autor, la globalización es, entonces:

El concepto que define las transformaciones económicas, políticas y sociales ocurridas en todo el mundo a partir del éxito de la desregulación a mitad de los años setenta, que posteriormente se intensificaron después del colapso del socialismo real a finales de los años ochenta.

Así pues, como proceso económico la globalización hace que cada vez más países intercambien una cantidad cada vez mayor de bienes y servicios; y para que este intercambio sea más intenso la lógica de la globalización exige la supresión de aranceles aduaneros, tasas, leyes y reglamentos proteccionistas, esto es, de todo lo que pueda obstaculizar el intercambio comercial.

Esto, sin embargo, ocurre de manera desigual y mientras en los países desarrollados se hacen los discursos apologeticos sobre el libre mercado a los gobiernos de las naciones subdesarrolladas se les obliga a dismantelar sus aparatos proteccionistas, que por su parte se mantienen intactos en las economías que durante siglos han dominado la escena mundial y sometido a su dominio a decenas de países que se mantienen en el atraso.

Esto trae consigo en las naciones periféricas, el dismantelamiento del sector económico controlado por el Estado entregándolo al capital privado, con lo que se inicia una nueva forma de acción estatal. El paso abrupto del Estado de Bienestar e interven-

tor al Estado subsidiario y promotor del libre mercado, tiene como elementos fundamentales la destrucción del sector capitalista del Estado, la privatización de lo público (infraestructura, electricidad, telefonía, petróleo, ferrocarriles y autopistas, así como los servicios sociales de educación, salud, agua y vivienda, entre otros), la extinción de los procesos de regulación estatal (planeación económica y territorial). Por eso, globalización rima con privatización, lo que finalmente permite el surgimiento del nuevo protagonismo económico, social y cultural del sector privado, de sus personeros e ideólogos.

Por otra parte, al suprimir las barreras que regulan el comercio internacional, en los países dependientes se favorecen las importaciones que entran en competencia con la producción local. Esto hace que con el pretexto de la competitividad, los países periféricos desmantelen su legislación social para abatir el costo de la fuerza de trabajo y lograr así, a costa de los trabajadores, mantener el nivel de exportaciones de las empresas ubicadas en su territorio, la mayor parte de ellas extranjeras.

En todo caso, la globalización neoliberal defiende el mercado y combate al Estado. Es una lucha sin cuartel encabezado por el sector privado contra el sector público, donde lo individual se confronta con lo colectivo, el egoísmo con la solidaridad y el enriquecimiento personal se antepone al bienestar social.

A su vez, la globalización y las instituciones que la promueven —como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial de Comercio (OMC) y el Banco Mundial (BM), entre otras—, se empeñan en reducir la importancia del Esta-

do proponiendo disminuir su presupuesto para fines sociales y de desarrollo, alejándolo de toda actividad económica de producción, circulación o distribución.

Por su parte, la globalización como fenómeno financiero significa el desplazamiento del capital productivo por el de préstamo.⁴ Incluso, en la primera etapa de la globalización, lo que más circula en el mundo, sin ningún tipo de trabas además, es el capital especulativo.

Pero la expansión del capitalismo en el mundo bajo el comando del capital de préstamo, empieza a perder importancia en la década de los noventa del siglo pasado en la medida que el capital productivo retomaba el comando de la acumulación, lo cual significa el tránsito a una nueva etapa de la expansión capitalista donde ahora el capital busca y somete a su dominio territorios funcionales y rentables para la acumulación a escala mundial; esto es, se traslada como inversión productiva directa hacia los territorios que poseen recursos naturales estratégicos, tienen ventajas comparativas y crean las competitivas, concentran externalidades o reúnen economías de aglomeración.

⁴ En términos genéricos, al dinero destinado por el capitalista industrial a la adquisición y consumo productivo, tanto de fuerza de trabajo como de medios y objetos de trabajo para producir “mercancías preñadas de valor”, se le denomina capital productivo. Por su parte, el capital de préstamo es aquel cuyo uso permite a su propietario obtener un interés. De esta manera, cuando el propietario del dinero quiere valorizarlo como capital de préstamo y obtener con ello un ingreso, requiere enajenarlo a un tercero que lo utilizará en el proceso productivo para producir mercancías y apropiarse de la plusvalía con la que, además de obtener su propia ganancia, pueda pagar el interés por el capital obtenido en préstamo.

Pero la expansión del capitalismo hacia esos territorios, impone una nueva dinámica a la apropiación irracional de la naturaleza (deforestación, desaparición de especies animales y vegetales, sobreexplotación de los recursos no renovables, efecto invernadero y agujero en la capa de ozono) y la contaminación ambiental se generaliza en el mundo.

Otros territorios y sus pobladores, “ineficientes y poco competitivos” desde el punto de vista del capital, son mantenidos como reservas estratégicas del proceso globalizador capitalista. “Entonces, la globalización desigual aparece realmente como formación de bloques, como **regionalización** capitalista transnacionalizada, como fragmentación del territorio”. [Pradilla, 1996: 16]

Este proceso acentúa y profundiza la desigualdad estructural del desarrollo nacional y regional, al tiempo que diferencia y fragmenta a la sociedad al excluir del bienestar a grandes sectores de la población.

A su vez, la modernización tecnológica que acompaña a esta nueva etapa de la globalización ha traído consigo la reducción de la fuerza de trabajo necesaria al capital y su aparato productivo. Esto provoca la modificación de las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado para elevar la tasa de ganancia capitalista, cuyos principales componentes son: la reducción del ingreso real de los trabajadores por la vía de la contención salarial y de su parte indirecta mediante la privatización de los servicios públicos; la eliminación de los contratos colectivos de trabajo en las partes que incluyen prestaciones como vivienda, educación, salud y recreación, así como el debilitamiento, cuando no la destrucción, de los

sindicatos como instrumento de defensa y solidaridad de los trabajadores.

En consecuencia, la generalización del desempleo, la jornada parcial y la precarización del trabajo, el deterioro creciente de la parte de la ciudad donde moran los trabajadores y una cada vez mayor individualización de los sujetos sociales, tanto como la pérdida de las relaciones humanas directas y el debilitamiento de las formas de la solidaridad social colectiva, se han convertido en el paisaje “normal” y homogéneo del mundo del trabajo y hace evidente la imposibilidad de una distribución equitativa del ingreso, que durante mucho tiempo se ha proclamado como posibilidad real del capitalismo.

Además, contra la idea impuesta en el sentido de que la globalización comporta una serie de oportunidades igualitarias, todo indica que, por el contrario, el proceso globalizador de ninguna manera acarrea beneficios compartidos. En este sentido, el economista egipcio Samir Amin [1999: 30], al analizar la gestión económica de la crisis bajo el capitalismo, concluye lo siguiente: “La expansión capitalista no implica ningún resultado que pueda identificarse en términos de desarrollo. Por ejemplo, en modo alguno implica pleno empleo, o un grado predeterminado de igualdad en la distribución de la renta”.

La razón de esto la encuentra Samir Amin en el hecho de que la expansión capitalista se guía por la búsqueda de la máxima ganancia para las empresas sin mayor preocupación por las cuestiones relacionadas con la distribución de la riqueza, o la de ofrecer empleo en mayor cantidad y calidad, o con las referidas al bienestar social de la población trabajadora. Sin duda,

la expansión capitalista puede ser cualquier cosa menos un proceso capaz de permitir mejores niveles de bienestar para la población.⁵

Ciertamente, las relaciones económicas internacionales bajo la globalización neoliberal han acentuado la desigualdad, es decir, si bien la economía mundial se ha vuelto más global se encuentra más polarizada en la medida que las diferencias de crecimiento entre las metrópolis y las naciones dependientes ha aumentado la distancia económica y de bienestar de la población entre los países centrales y los periféricos. De esta manera, autores como Samir Amin concluyen que la polarización es un rasgo permanente de la expansión mundial del capitalismo, que en la periferia “produce más inestabilidad que estabilidad”.

La inestabilidad económica y social ocasionada por la falta de restricciones y regulación al funcionamiento del mercado, ha renovado el interés y la discusión respecto a la necesidad de aplicar algunas formas de regulación al funcionamiento del mercado, particularmente al de capitales.⁶

En síntesis, la globalización sustentada en el neoliberalismo como política clave y

paradigma ideológico, se identifica con las tendencias a la liberación comercial y la unificación total del mercado mundial de capitales, bienes, servicios e información, es decir, integra —insistimos, de manera desigual— a los territorios sometiéndolos a la lógica del capital; debilita a los estados—nación desdibujando sus fronteras, reduciendo la capacidad de conducción política y económica de los gobiernos nacionales, además de hacer indiferente el despliegue y la localización territorial de los capitales.

Desde esta posición, más allá de la visión neoliberal que la concibe como un fenómeno lineal y estrictamente económico, la globalización puede considerarse como un proceso determinado por la concurrencia de diversos factores vinculados entre sí por una relación múltiple, compleja y contradictoria, donde alguno o algunos de ellos, en distintos momentos, pueden tener un mayor significado que los demás, sin llegar a ser el determinante del proceso, su orientación y dinámica.

El neoliberalismo

La más reciente reestructuración emprendida por el capitalismo a escala mundial ha sido dominada y dirigida por la ideología neoliberal, convertida en especie de sentido común de nuestro tiempo que no deja espacios para ninguna otra forma de pensamiento.

Aunque mucho se dice de los avances del neoliberalismo, la realidad es que su penetración e importancia se distribuye de manera desigual en el mundo y si bien puede observarse que la mayor parte de los dirigentes políticos y líderes empresariales han asumido plenamente la ideología neoliberal, la implantación de la economía de mer-

⁵ En particular, respecto del deterioro de la calidad de vida urbana, el investigador mexicano Miguel Ángel Vite [2001: 58], advierte: “La globalización económica ha influido en el deterioro de las condiciones de vida de barrios y guetos, tanto de las principales ciudades de los Estados Unidos como de América Latina, lo que data de la década del setenta y ochenta, cuando el Estado dejó de cumplir gran parte de sus funciones sociales para buscar el equilibrio en sus finanzas”.

⁶ Un desarrollo más puntual de estas cuestiones puede consultarse en: Jaime Ornelas Delgado [2001:109/135].

cado no ha sido tan expedita como ellos mismos quisieran y proclaman. Particularmente, en buena parte de los países dependientes el desarrollo de la economía de mercado no ha sido tan intenso como el de la ideología en que se sustenta.

En efecto, como ocurría en el pasado cuando los dictadores más despóticos y autoritarios, en todo momento exaltaban el valor de la democracia e insistían en asegurar que sus gobiernos eran expresión auténtica de la democracia; en los años recientes, el discurso cambia y los gobernantes de la mayor parte de las naciones del mundo entraron en una tenaz competencia para ver quien declaraba, con más fuerza y frecuencia, su adhesión a los principios y valores del libre mercado, convertido en paradigma inamovible y proclamado como la única vía de crecimiento de las economías, sin importar su nivel de desarrollo.

Pero antes, como ahora, esos discursos tienen poco que ver con la realidad y en el caso específico de mercados funcionando libremente su existencia concreta es excedida con creces por la retórica neoliberal sobre sus bondades. Es decir, hay mucho menos mercado libre de lo que se dice y los gobernantes de las naciones desarrolladas no parecen preocupados por la evidente distancia entre su discurso neoliberal, con el que aturden a los países dependientes exigiendo la implantación en ellos del mercado (y, además libre), con la intensidad y frecuencia de sus propias acciones encaminadas a permitir el libre funcionamiento de sus economías, que en su mayor parte mantienen intacto el aparato proteccionista y siguen siendo intervenidas, subsidiadas, reguladas y protegidas.

En otras palabras, pese a las proclamas

en favor de la propuesta neoliberal los capitalismo desarrollados continúan teniendo gobiernos grandes, interventores, reguladores y protectores, que organizan el funcionamiento de los mercados, otorgan enormes subsidios a los productores y aplican sutiles, cuando no burdas, formas de proteccionismo, conviviendo con enormes déficit fiscales provocados más por los apoyos a la reproducción del capital que por los gastos sociales requeridos para la reproducción de la fuerza de trabajo.

En todo caso, los países del capitalismo desarrollado son todo aquello que exigen dejen de ser las naciones dependientes, la mayor parte de ellas sus ex colonias, donde los gobiernos nacionales pierden peso en la dirección y conducción del desarrollo de la sociedad y la economía.

Aún más, bajo la consideración de que el libre mercado genera bondadosos efectos sobre los precios y mejora la calidad de los servicios, a los países dependientes se les imponen políticas tendientes a desregular totalmente la actividad económica y abrirla sin restricción alguna a las mercancías, servicios y capitales extranjeros; además de privatizar todas las empresas públicas y convertir en un dogma inamovible la reducción del déficit fiscal (todo déficit presupuestario, cualesquiera que sea la razón y el motivo, es condenable, excepto en el que incurre el gobierno estadounidense, que es enorme) con el argumento de evitar las presiones inflacionarias, lo cual significa reducir los gastos públicos y alentar los instrumentos de seguridad privados (fundaciones y organismos “sin fines de lucro” que van desde la ayuda a los niños minusválidos hasta el ofrecimiento de diversos canojías a los “adultos

en plenitud”), flexibilizar las relaciones laborales y, finalmente, evitar hablar de servicios públicos ya que todos deben ser privados y mercantiles.

La experiencia de los países “reformados” siguiendo las pautas establecidas por el BM y el FMI, tal como es el caso de México, muestra que las propias contradicciones del capitalismo, sus crisis recurrentes y la creciente polarización social, han obstaculizado la expansión del neoliberalismo económico aunque no han impedido la tozudez gubernamental por imponerlo y, mucho menos, la constante difusión e imposición ideológica y cultural, especialmente entre los sectores de los dirigentes políticos e intelectuales, tanto de las sociedades capitalistas desarrolladas como de las dependientes.

De esta manera, se proclama que al primer mundo sólo puede llegarse en la medida que se acepte llevar adelante las políticas económicas diseñadas por los organismos financieros internacionales como el FMI y el BM, cuyos resultados han provocado en nuestras naciones la agudización de la pobreza y la polarización social, así como la profundización de la dependencia económica, científica y cultural.

En efecto, a los países dependientes se les *sugiere* (tal como se dice en el lenguaje del BM y el FMI) aplicar la estrategia de cambio estructural de orientación al mercado que ha mostrado, hasta la saciedad y de manera inequívoca, ser causante de por lo menos tres graves cuestiones para nuestros pueblos: Inestabilidad económica, acompañada de bajas tasas de crecimiento; aumento social y regional de la pobreza; y una mayor dependencia y creciente pérdida de soberanía nacional a favor del gran capital.

Globalización neoliberal

Quienes asumen la promoción del mercado como el eje rector de la economía y el instrumento más eficaz para la asignación de los recursos productivos, sostienen la identidad entre la globalización, como proceso histórico–natural del capitalismo contemporáneo, con la universalización del libre mercado, que no es sino un proyecto político diseñado por distintos ideólogos desde los años cuarenta del siglo xx e impuesto desde los aparatos de Estado de los países metropolitanos y los organismos financieros transnacionales creados por el capital monopolístico y puestos a su incondicional servicio.⁷

En esta propuesta, el mercado se convierte en el punto de convergencia entre la globalización y el neoliberalismo. En todo caso, la propuesta neoliberal de mercantilización total de la vida social ha sido alentada y difundida por el capital financiero internacional a través de sus aparatos para acompañar en esta etapa al desarrollo capitalista caracterizada por “el desplazamiento de las actividades humanas del cuadro restringido del Estado–nación al teatro más vasto del planeta Tierra [...] Donde el mundo entero se convierte en una sola arena de rivalidad”. [Valaskakis, 2001: 5]

Sin duda, los ideólogos del neoliberalismo lograron una importantísima victoria en el terreno de la cultura y la ideología al convencer a muy amplios sectores de las

⁷ Entre los ideólogos más destacados, se puede mencionar a Friedrich Hayek [1944], Milton Friedman [1980] y Francis Fukuyama [1989]. Entre los organismos financieros internacionales, entre otros, destacan el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM).

elites políticas e intelectuales no sólo de los países del capitalismo, lo que podría considerarse normal, sino aun a las del socialismo real entonces existente de que no había alternativa política, económica y cultural al capitalismo y que éste alcanzaba su máxima expresión bajo el modelo neoliberal.

Con esto, para muchos el mercado se ha impuesto y celebran ya el nacimiento de la vida eterna neoliberal. Sin embargo, en la experiencia de los países “reformados” según los lineamientos de las transformaciones estructurales de orientación al mercado impuestas por el BM en América Latina, los países del ex bloque socialista y los de la desaparecida Unión Soviética, se advierte que el triunfo del neoliberalismo ha sido más ideológico y cultural que económico.

Ese triunfo se asienta sobre una derrota —es de esperar— transitoria de las fuerzas democráticas en todo el mundo y se expresa en cuatro dimensiones, sin duda vinculadas entre sí:

- a] La tendencia a mercantilizar los derechos conquistados en largas y dolorosas batallas por la población trabajadora.
- b] La ruptura del equilibrio entre mercado y Estado, a favor del primero, lo que ha significado el desplazamiento de la razón política por la económica, reforzado por una fuerte y permanente ofensiva en el terreno ideológico que desprecia todo aquello que proviene del sector estatal mientras se exaltan desmesuradamente las virtudes del mercado.
- c] El desarrollo de una especie de “sentido común” neoliberal, expresión de una nueva sensibilidad y una mentalidad que forman parte fundamental de las creencias populares.

- d] Finalmente, el neoliberalismo logró su mayor victoria en el terreno de la cultura y la ideología al convencer a buena parte de los trabajadores —y a la casi totalidad de sus elites políticas— de que no existe otra alternativa para el desarrollo que el régimen de libre mercado.

Mercantilización

de los derechos y los servicios públicos

El neoliberalismo comenzó a imponerse en el mundo a partir de una avasalladora crítica a la intervención del Estado en la economía y, en los hechos, desde el poder se mercantilizaban los derechos sociales de los trabajadores.

El brutal ataque contra el Estado de Bienestar emprendido por los ideólogos neoliberales en las décadas de los setenta y ochenta, tuvo que ver con la conversión de los derechos sociales en servicios mercantiles y la convicción de que sólo pueden ser producidos por el sector privado y adquiridos en el mercado a los precios fijados por la oferta y la demanda.

Al afecto, desde el poder mismo se fortaleció la idea de que el Estado resulta ineficiente para producir bienes y servicios por lo que únicamente el sector privado garantiza no sólo su producción eficiente sino también la cantidad y calidad que los consumidores demandan.

Más allá de que este proceso, como preveían distintos sectores sociales opuestos a la privatización, trajera consigo formas crecientes de exclusión social, elevara los niveles de pobreza social y regional, además de agudizar la polarización en sociedades ya de por sí polarizadas, los servicios públicos como la salud, la educación, la

vivienda, la energía eléctrica y todos los referidos a la seguridad social, al dejar de ser bienes y servicios públicos se perdían como parte de los componentes inalienables de los derechos ciudadanos y se convertían en mercancías intercambiadas entre proveedores privados y clientes—consumidores actuando en el mercado al margen de cualquier consideración respecto de la responsabilidad gubernamental de atender las necesidades colectivas de la población.

Declarado el Estado innecesario e ineficiente, a las víctimas de la iniquidad inherente al capitalismo se les acusó de incompetentes e incapaces de aprovechar las *oportunidades* que el mercado ofrece a todos aquellos que saben leer correctamente y aprovechar sus señales, para lo cual se requiere el conocimiento de sus reglas y adquirir las habilidades y competencias que permitan su adecuado diagnóstico y manejo. Esa se convierte en la única posibilidad de lograr triunfar en una sociedad donde se exige al gobierno dejar de asumir actitudes “paternalistas y populistas” que sólo inhiben la iniciativa individual.⁸

Imposición de la razón económica y el sentido común neoliberal
En el proceso de imposición del neoliberal

⁸ Para la enseñanza de carácter público, este criterio resulta de fundamental importancia en los regímenes neoliberales pues se impone a las escuelas de todos los niveles la obligación de dotar a los estudiantes de las habilidades y competencias exigidas por el mercado laboral. En particular, en el nivel superior las universidades públicas se conciben como productoras de capital humano, con lo cual los empresarios empleadores se convierten en los determinantes de última instancia de los planes y programas de estudio.

lismo se produce el desplazamiento del equilibrio entre mercado y Estado en favor del primero, lo que se ha reforzado con una pertinaz ofensiva en el terreno ideológico que, por un lado, “sataniza” al Estado y, por el otro, exalta las supuestas virtudes del mercado y su libre funcionamiento.

A partir de esto, lo económico predomina sobre lo político, es decir, se afirma que siendo el mercado el instrumento más eficiente para asignar los recursos productivos y satisfacer la demanda de consumidores y productores, el Estado nada tiene que hacer dentro de la economía; asimismo, se dice que a la economía sólo le compete lograr los equilibrios macroeconómicos, sin considerar los resultados sociales de ese proceso. En este caso, la pobreza, por ejemplo, resulta un problema social no económico y, por lo tanto, a la economía no compete su solución sino a la sociedad, en todo caso a los organismos privados pertenecientes a la “sociedad civil”.

Por su parte, el sentido común neoliberal sostiene que siempre será preferible sacrificar la democracia por el bienestar económico (“el pueblo quiere comer y luego ser libre”), haciendo ambas situaciones excluyentes, e imposible de lograr simultáneamente, aunque nunca se expongan las razones de tal afirmación como no sean las respuestas simplistas que conciben a la economía exclusivamente como una actividad que procura el equilibrio de las variables macroeconómicas mientras a la democracia es tarea política, sin que economía o política tengan puntos de contacto.

Simultáneamente, se forjaron y desarrollaron otras “verdades incuestionables” carentes de reflexión y, por tanto, más cercanas a la creencia y la ideología que pasaron

a formar parte del sentido común neoliberal y que han enraizado profundamente en el suelo de las creencias populares y el conocimiento convencional a partir de una sistemática ingeniería de consensos que fortalece al pensamiento único.

Surgido de los prejuicios y los valores de la clase dominante, el sentido común neoliberal es infalible, no falla ni se equivoca cuando enjuicia y concluye *enseñando* al conjunto de los miembros de esa sociedad como deben conducirse racional y moralmente; lo que deben pensar y hasta donde deben pensarlo. Incluso, cualquier tentativa de discutir las “verdades” que forman el “sentido común neoliberal”, ha enfrentado prejuicios e intereses culturales y políticos fuertemente arraigados entre los sectores hegemónicos de la sociedad, a los cuales por ejemplo se les condicionó y luego estos condicionaron al resto de la sociedad a identificar todo lo estatal con lo “malo e ineficiente” y al mercado con lo “bueno y eficiente”.

El sentido común neoliberal, parte de lo que considera axiomas fundamentales como el siguiente: “Lo que es bueno para mí es bueno para todos”, por eso sus juicios finales siempre son “acertados y sensatos” pues derivan de valores “universales y eternos”, es decir, válidos ayer, hoy y mañana. El sentido común, o “sensatez socialmente aceptada”, parte entonces de considerar al modelo neoliberal como el único racional, fuera de él no hay, ni puede haber, nada.

El racionalismo, asumido por el neoliberalismo como aquello que lo legitima, según Morín [1984: 293], supone:

Primero. Una visión del mundo que afirma el acuerdo perfecto entre lo racional (coherencia) y la realidad del universo; excluye,

pues, de lo real lo irracional y lo arracional. Segundo. Una ética que afirma que las acciones humanas pueden y deben ser racionales en su principio, su conducta su finalidad.

De esta manera, si lo racional en el modelo neoliberal es orientar toda acción humana a la obtención de beneficios personales resulta irracional la conducta que no persiga ese fin, y quien sea capaz de criticar una sociedad de ese tipo y plantear otra posible, es sencillamente arracional, está fuera del sistema, carece de racionalidad.

Los principios detrás del sentido común neoliberal, son la creencia en “verdades absolutas” y la validez del “pensamiento único”. Ambos, forman parte del sustento ideológico neoliberal, que dispone de un catálogo muy amplio de esas “verdades”, pero en economía hay un principio básico que el sentido común acepta en nombre del realismo y el pragmatismo: la sociedad moderna sólo puede sustentarse en el libre funcionamiento de las fuerzas que intervienen en el mercado. Con esto, lo económico se convierte en el único factor mediante el cual se explican de manera racional todas las cosas de la sociedad. [Morín, 1984: 294]

Las “verdades” del pensamiento único

Los avances ideológicos del neoliberalismo, además de tender a provocar el conformismo social, se expresan en el terreno más elaborado de las teorías económicas y sociales, ahora influidas por el “pensamiento único”, que excluye toda teoría o interpretación si no se sostiene en los valores del mercado, la ganancia y el capital.

Esta limitación excluyente e intolerante,

se traduce en la ausencia de cualquier debate político, social o económico, que tiende a ser sustituido por apologías orientadas a exaltar el *rostro humano* del capitalismo, fortalecer ideológicamente a ese sistema basado en la explotación del trabajo y en la máxima ganancia como fin último de la acción económica personal y social.

Una de las “verdades” que con mayor fuerza se ha impuesto y se difunde, al grado que entre amplios sectores de la izquierda “políticamente correcta” se parte de ella para diseñar su estrategia política, consiste en difundir y hacer creer que la sociedad será siempre capitalista y la democracia liberal.

Uno de los promotores iniciales de esta propuesta, Francis Fukuyama [1994: 83], escribe al respecto de manera enfática:

En tiempos de nuestros abuelos, muchas personas razonables podían prever un futuro socialista radiante, en el cual habrían de ser abolidos la propiedad privada y el capitalista, y en el que se habría sobrepasado, en cierto modo la política. Hoy, en cambio, nos cuesta imaginar un mundo que sea radicalmente mejor que el nuestro, o un futuro que no sea esencialmente democrático y capitalista.

La construcción de este imaginario, particularmente correspondiente a las clases medias con pretensiones económicas e intelectuales que no rebasan los límites del consumidor, de ninguna manera ha sido obra del azar sino resultado de un proyecto tendiente a “manufacturar el consenso”, al cual se le han destinado multimillonarios recursos encaminados a manipular los medios masivos de comunicación con el propósito de producir un duradero *lavado de*

cerebro que permita la imposición, sin oposición consistente, de políticas promovidas para alentar los valores mercantiles y en beneficio sólo de la hegemonía del capital, aunque parezcan preocupadas y orientadas por el *bien común*, del que por cierto dice William Blake: “Es la aspiración del hipócrita y del bribón.” [Glockner, 2002: 28]

Además, el pensamiento único peculiar del neoliberalismo, dice Stefanía [2002: 49], se sostiene, entre otras, en “verdades” como las siguientes: “La economía social de mercado, forma parte del pasado y sus defensores son dinosaurios ideológicos”; “El liberalismo económico lleva inexcusablemente a la democracia; [O bien] ¡Hay que adoptar el modelo neoliberal, que se impone en todo el mundo!”⁹

También forman parte del credo neoliberal, algunos postulados como estos:

El mercado lo resuelve todo del mejor modo posible [...] Siempre hubo y habrá corrupción, pero en el liberalismo es marginal y en el estatismo estructural [...] La desigualdad social no es consustancial al capitalismo, sino parte de la naturaleza humana, por eso no se puede acabar con ella [...] El nacionalismo y la soberanía económica son expresiones retrogradadas que deben desaparecer en aras de la eficiencia y la inserción a la globalización [...] Primero hay hacer crecer la riqueza y, después, distribuirla [...]

⁹ La razón de mayor peso esgrimida en México por los promotores de la privatización del sector energético, es que es el único país donde no se admite al capital privado en la generación de energía, lo cual puede ser absolutamente cierto, pero no razón suficiente para privatizarlo.

Las privatizaciones son la panacea para la economía nacional. [Stefanía, 2002: 49]

Una verdad más, impuesta ésta tanto por el BM como por el FMI, es aquella que proclama la entrega de los recursos naturales al capital extranjero como la única solución posible al atraso de las economías emergentes y a su uso racional y eficiente.

La creencia absoluta en estos postulados, hace que lo necio, inútil y premoderno sea investigar y discutir acerca de las contradicciones del capitalismo y, peor aún, reflexionar sobre las posibilidades de que estas contradicciones pudieran llegar a ser de tal magnitud que significaran la posibilidad de su transformación revolucionaria; en el mismo sentido, bajo el neoliberalismo se prohíbe dudar sobre la validez de su propuesta *civilizatoria* sustentada en valores económicos y de mercado, donde lo social resulta ser “una especie de resabio patético, cuyo peso sería causa de regresión y crisis”. [Stefanía, 2000: 50]

Más recientemente se ha difundido hasta la saciedad por los medios masivos de comunicación que apelan más a la creencia que a la reflexión, la idea de que el poderío militar estadounidense es “la punta del iceberg” que prolonga la superioridad de ese país en todos los dominios, incluido el económico pero también el político y cultural. Debido a ello, el sentido común neoliberal concluye que la sumisión a la hegemonía norteamericana es inevitable y que, además, toda resistencia a la expansión económica, política y cultural estadounidense es tarea inútil; en consecuencia, ese mismo sentido común propone que más vale asimilarse rápidamente a la hegemonía norteamericana

para recibir así los beneficios de la modernidad capitalista que combatirla.¹⁰

Los nuevos significados

En apenas dos décadas, el consenso neoliberal ha impuesto su programa político y cultural siguiendo dos ejes: en lo político, la certeza de que democracia representativa liberal es “el peor sistema político excepto todos los demás”; en lo cultural, se han impuesto valores como el lucro y el apolitismo.

Pero además, el neoliberalismo cambió, en su provecho, el sentido de las palabras. Es el caso del vocablo “reforma”, que antes de la era neoliberal tenía una connotación positiva y progresista que remitía a transformaciones sociales, políticas y económicas orientadas a la consecución de una sociedad igualitaria, democrática y donde lo social fuera el centro de todas las actividades públicas y privadas, fue apropiado por los ideólogos del neoliberalismo y convertido en un significante que alude a proce-

¹⁰ Con motivo de la decisión unilateral norteamericana de invadir Irak, en México y en Chile, el sector empresarial y algunos intelectuales convocaron a sus respectivos gobiernos a emprender una política “realista y pragmática” que proponía intercambiar un voto en el Consejo de Seguridad de la ONU en apoyo a la invasión estadounidense a Irak a cambio de inciertos beneficios económicos. En Chile, el sector empresarial condenó la renuencia del presidente Ricardo Lagos a ofrecer el apoyo a Estados Unidos en su vesania bélica, pues consideraban que esa posición de principios no traía ningún beneficio al país y sí ponía en riesgo la firma del tratado de libre comercio, que por entonces estaba en el orden del día en la agenda de ambos países. En México los reclamos tuvieron el mismo tono y sentido, además de pedirle al gobierno de Vicente Fox que aprendiera a negociar el voto.

sos y transformaciones sociales de claro signo mercantil, involutivo y, muchas veces, profundamente antidemocrático.

Es el caso de América Latina las *reformas económicas estructurales* de orientación al mercado, puestas en marcha durante las décadas de los setenta y los ochenta del siglo xx, terminaron aumentando la desigualdad económica y social, vaciando de todo contenido político a las instituciones democráticas y al gobierno mismo, convertido ahora con descaro en un mero “administrador de los negocios colectivos de la burguesía”.¹¹

Por otra parte, para los dueños del capital y los abogados del neoliberalismo los países y los estados son simplemente mercados, los ciudadanos consumidores y la globalización neoliberal la única vía posible de modernización, en tanto tiene la virtud de eliminar las barreras nacionales que impiden el libre flujo de mercancías y capitales, aunque no de personas. Así, ha dejado de existir, por ejemplo, la inversión extranjera, que ahora tiene trato de nacional, para ser sólo inversión productiva; asimismo, la diferenciación entre mercado interno y externo ha desaparecido y hoy se habla sólo de mercado.

Incluso, el concepto de ciudadanía con la que la burguesía igualó a todos los mayores de edad (un ciudadano un voto), ha perdido importancia frente a la noción de consumidor universal: aquel que en Asia o en América, en África o Europa consume el mismo producto producido por la misma empresa transnacional.

¹¹ Quién con mayor enjundia asumió estas propuestas fue Vicente Fox, quien definió al suyo: “como un gobierno de empresarios para empresarios”.

Al mismo tiempo, los países de grado o por fuerza empiezan a formar regiones donde se diluye la identidad nacional, lo que provoca el júbilo de quienes sostienen que la cultura ha de ser cosmopolita o no ser y, por lo tanto, no reconocen valor alguno a las otras culturas y les niegan toda validez como no sea subordinadas a la cultura “nacional” hegemónica.

Precisamente, el debilitamiento de los estados nacionales debido, por un lado, a la extinción práctica de la idea de nación, supuestamente subsumida bajo la corriente “civilizatoria” de la globalización; y por otro, gracias a la imposición de políticas “orientadas hacia el mercado” y a la expansión de la esfera de actividades económicas más allá de las fronteras de las naciones, es que se degrada el concepto de nación para reducirlo al de mercado.

Se debilita el Estado Nacional

Los estados nacionales, especialmente los ubicados en la periferia capitalista, han sido consciente y pertinazmente debilitados, cuando no brutalmente desangrados por las políticas neoliberales con el fin de favorecer el predominio, sin contrapesos, de los intereses de las corporaciones transnacionales.

Aquel Estado que actuaba para corregir las disfunciones del mercado y alcanzar la estabilidad económica, particularmente en la época de crisis, parece no existir más, el desplazamiento de la razón política por la económica ha dejado sin responsabilidades al Estado en los aspectos de producción y distribución de bienes y servicios antes considerados públicos.

La reducción de la pobreza y la superación de la marginación; la protección de las

personas frente a las incertidumbres económico–sociales; y la garantía de derechos básicos de los ciudadanos, que en algún momento fueron los pilares fundamentales del Estado de Bienestar, han sido cancelados por el Estado mínimo que sólo ofrece oportunidades individuales a quien sea capaz de aprovecharlas y alienta al sector privado para que produzca los que antes se consideraban servicios públicos, convertidos ahora en objeto de lucro en beneficio de los capitalistas privados.

Actualmente, en la mayor parte de los países del mundo han desaparecido o tienden a desaparecer las que tradicionalmente se han considerado responsabilidades estatales, tales como la educación en todos sus niveles, la salud universal, la vivienda digna, la alimentación, el empleo bien remunerado, el respeto a las diferencias; o la seguridad de un ingreso —aún si se ha perdido el empleo— capaz de garantizar la satisfacción de las necesidades elementales del trabajador y su familia; así como la protección social universal contra los riesgos de la vida, sin discriminaciones o exclusiones; el diseño y puesta en marcha de políticas de distribución del ingreso; tanto como velar por la consolidación de un sistema democrático que evite la dictadura del mercado y fortalezca la actividad pública de producción y distribución de bienes y servicios básicos.

Todo esto ha vulnerado la validez y vigencia del Estado Nacional, al que se le cantan ya los responsos como entidad soberana y se saluda su creciente participación en la globalización como gestor de los intereses del capital privado y, particularmente, de las corporaciones transnacionales.

Crece la fuerza de las megacorporaciones

En estos momentos, en el mundo se generaliza la idea de que los gobiernos nacionales sólo tienen alguna oportunidad de existir si son capaces de producir las condiciones generales de la producción indispensables a la expansión del capital y generar las ventajas competitivas necesarias para atraer a la inversión privada.

En la globalización neoliberal, las empresas transnacionales acentúan su posición como la fuerza motriz de la economía mundial, son las principales inversionistas de capital productivo en todo el mundo, así como de las inversiones financieras y comerciales. En particular, dice Petras [2003], las megacorporaciones de origen estadounidense tienen una gran relevancia pues de las 500 mayores empresas en el mundo:

“El valor de las compañías estadounidenses excede el valor combinado de todas las demás regiones. La valuación de las transnacionales estadounidense es de 7 billones 445 mil millones de dólares, contra 5 billones 141 mil millones de dólares de las restantes de todas las nacionalidades.”

Ante este enorme poder, los gobiernos de las naciones emergentes, específicamente de América Latina, parecen resultar incapaces de regular el comportamiento de las megacorporaciones —que actúan sólo considerando sus afanes de ganancia sin importar las necesidades e intereses de las naciones donde se asientan para explotar sus recursos naturales y su fuerza de trabajo—, al grado que para seguir siendo funcionales al gran capital terminan poniéndose a su servicio incondicional.

Aún más, la capacidad de negociación de los gobiernos nacionales con las megacorporaciones se ha visto sistemáticamente

disminuida a lo largo de las últimas décadas y así, mientras en los países dependientes los estados se achican y debilitan al ritmo impuesto por los ajustes neoliberales a partir de los años setenta, el rango y el volumen de operaciones de las grandes compañías transnacionales y su valor se acrecentaban de manera extraordinaria y sin límite alguno, particularmente de aquellas cuyo capital de origen es norteamericano. De esta manera:

Las trasnacionales estadounidenses dominan la lista de las 500 principales empresas del mundo [...] Casi la mitad de las mayores trasnacionales (48 por ciento) son de propiedad y dirección estadounidense, casi el doble del competidor regional más próximo, Europa, con 28 por ciento [...] La concentración del poderío económico es aún mayor si nos fijamos en las principales 50 trasnacionales, de las cuales 60 por ciento son de propiedad estadounidense, y es todavía más evidente al examinar las 20 mejor situadas, de las cuales más de 70 por ciento son de ese país. De las primeras 10, Estados Unidos controla 80 por ciento. [Petras, 2003]

Esta situación se acompaña del sentido común, mediante el cual se destaca y afirma que para los gobiernos nacionales resulta muy limitada la probabilidad de ejercer un control efectivo sobre las megacorporaciones.

En este caso, para muchos intelectuales y políticos “realistas”, pragmáticos y neoliberales, esto es absolutamente cierto y plantean: ¿Cuáles son los instrumentos con que puede contar un gobierno democrático, por ejemplo en Guatemala, para negociar con

una corporación como la *General Motors*, cuya cifra de ventas anuales es veintiséis veces superior a la del producto interno guatemalteco? ¿Cómo podrían someter a las grandes empresas los países del África Subsahariana si su producto interno sumado es apenas similar a las ventas anuales de la *General Motors* y la *Exxon*?

Para el sentido común neoliberal, la respuesta y conclusión es sencilla: no existe otra opción más que rendirse e integrarse de manera individual y subordinada a los países hegemónicos, o como éstos quieran y acepten. En este sentido, la búsqueda de opciones distintas —como la integración de naciones en el libre ejercicio de su soberanía e independencia al margen de las grandes economías—, resulta trabajo inútil.

El mundo unipolar

En el proyecto neoliberal, el capitalismo no tiene vías alternas y, mucho menos, propuestas revolucionarias ¿Para qué si la historia llegó a su fin? Aún más, para muchos intelectuales modernos y modernizantes, la desproporción existente entre los estados de los países dependientes y los metropolitanos no constituye una amenaza al futuro de la democracia, sino un reto y una oportunidad que se resuelven en la medida que los países pobres se integren de manera subordinada a las economías desarrolladas.

Sobre todo ahora después de Afganistán e Irak, es decir, posterior a las decisiones unilaterales de Estados Unidos para emprender “guerras preventivas”, la existencia de las naciones emergentes —incluida la democracia que elijan—, sólo es tolerada por el poder imperial si se ajusta a los cánones establecidos por los centros financieros metropolitanos y sus gobiernos son

capaces de servir fiel y dócilmente a los intereses del gran capital.

De otra forma, si esos países no se someten pacíficamente, o sus gobiernos no aceptan rendirse incondicionalmente—y lo mismo da si aceptan, según se pudo constatar con la invasión a Irak—, pueden pasar a engrosar la lista del “Eje del mal” —cuyos requisitos de ingreso nadie conoce, aunque al parecer la prioridad la tienen los países que disponen de petróleo en su territorio— y colocarse en situación de ser invadidos militarmente para establecer en ellos la democracia occidental sostenida por los ejércitos de ocupación.

La realidad es que nuestros países hoy son mucho más dependientes que antes, debido en mucho a los agobios provocados tanto por una deuda externa que no cesa de crecer como por una “comunidad financiera internacional” que pretende convertir la soberanía en parte de los desechos provenientes del atraso político-social y el *desvarío* nacionalista.

A lo anterior puede agregarse que la dependencia intelectual (incluida la científica y tecnológica), también se acentúa y a pesar de reconocerse que nuestros países son hoy más dependientes de lo que lo eran en los años sesenta, por una de esas paradojas del sentido común neoliberal impuesto incluso a los intelectuales de izquierda, las teorizaciones sobre la dependencia o el imperialismo son desestimadas porque se las considera anacronismos teóricos, precisamente ahora cuando ambas categorías adquieren misma relevancia e importancia que tuvieron en el tiempo de su aparición. Por eso, hoy es preciso reivindicar el estudio de la globalización como la expresión actual del Imperialismo en lo económico y lo político.

Incluso, de alguna manera podemos decir que si hay algo positivo en el derrumbe del socialismo real es la liberación del marxismo encadenado, cuyo resultado finalmente ha sido habernos devuelto a Marx, cuya teoría es indispensable reivindicar como parte del instrumental científico necesario para comprender el movimiento real del capitalismo contemporáneo y con mucho la nueva realidad de la región bajo la globalización.

*Consideraciones finales:
otro mundo es posible*

Tanto en los países del capitalismo desarrollado como en los dependientes, la reestructuración neoliberal se ha hecho a expensas de los pobres y de las clases explotadas; las desigualdades económicas y sociales se han acentuado y la prosperidad no alcanzó a derramarse hacia abajo, como aseguraba la reconfortante “teoría del derrame”, que plantea primero crear la riqueza para luego distribuirla, lo cual en los hechos significa posponer al infinito el bienestar social a cambio de impulsar el crecimiento de la economía en beneficio de la ganancia del capital.

Por decirlo de manera breve y concreta: las sociedades que el neoliberalismo construyó en las tres últimas décadas son peores que sus precedentes, más divididas, polarizadas e injustas. Los hombres y mujeres viven hoy bajo renovadas amenazas bélicas, económicas, laborales, sociales y ecológicas. De hecho, la humanidad sobrevive hoy en un mundo lleno de temores, zozobra y desesperanza.

Finalmente, aun de las vicisitudes históricas de la imposición del neoliberalismo como ideología hegemónica en la mayor

parte del planeta es posible extraer algunas experiencias para los sectores democráticos. Sin duda alguna, las fuerzas sociales de izquierda, sus intelectuales orgánicos, las masas que se expresan contra de la globalización y las que de nuevo aspiran al socialismo como opción histórica, existen y crecen a contracorriente del consenso político de la era neoliberal que ve al socialismo como una utopía, por lo menos, ingenua. Aún más, el saber convencional trata a los portadores de la propuesta socialista como excéntricos, o románticos incurables y fuera de lugar en la sociedad actual.

Con este hostigamiento, se pretende someter a la izquierda a las reglas de la disputa por el poder impuestas por quienes usufructúan el poder mismo. Sin embargo, empieza a surgir una izquierda que reconoce la existencia de opciones al neoliberalismo y sabe que la globalización neoliberal no es la única posibilidad de existencia para nuestros pueblos; una izquierda que construye ya un pensamiento vivo lleno de dudas y deseos de resolverlas, opuesto a las certezas y verdades absolutas del pensamiento único y que, finalmente, sabe que es el tiempo de develar los mitos del libre mercado.

Esta nueva corriente de la izquierda mexicana y latinoamericana, sabe que es falsa la disyuntiva de “todo al Estado o todo al mercado” y que mientras los grandes estados se han convertido en vasallos de las empresas trasnacionales, el mini-estado concebido a imagen y semejanza de las empresas es un Estado donde caben pocos, política y socialmente excluyente e incapaz de actuar para lograr el bienestar de la población.

La Historia ha demostrado que lo que parecía una locura en los años cincuenta,

por ejemplo la creación de millones de desocupados, reconcentrar ingresos, desmantelar programas sociales, privatizar el petróleo, el agua y la electricidad, la educación, la salud y hasta las cárceles, pudo ser posible con un bajísimo costo político para los gobiernos neoliberales que se empeñaron en lograrlo a partir de su “victoria ideológica”. De esta manera, aquella utopía prohijada por los neoliberales en los años de la posguerra se hizo realidad hasta los setenta.

Esto debe alentar la seguridad de que es posible un proyecto no capitalista pensado de cara al siglo XXI, que empiece por rechazar como inmutable a la sociedad capitalista y sus instituciones y que con el tiempo puedan transformarse.

Alguna vez, Max Weber escribió: “En este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez”. Al mismo tiempo, exhortaba a soportar con audacia y lucidez la destrucción de todas las esperanzas porque, de lo contrario, seríamos incapaces de realizar incluso lo que hoy es posible.

Estas palabras sugieren una actitud fundamental, que no deberían abandonar quienes no se resignan ante un orden social intrínsecamente injusto, como el capitalismo y que pese al hostigamiento intelectual, la exclusión, la incompreensión y la persecución, siguen creyendo todavía que una sociedad diferente es posible.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvater, Elmar. (2000) “Capitalismo mundializado”, Revista *Memoria*, número 134, México, abril, pp. 12/17.
- Amin, Samir.
- (1999) *El capitalismo en la era de la globalización*, Paidós, Colección Estado y Sociedad, Barcelona, España.
- (2003) *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*, Piados, Buenos Aires, Barcelona, México.
- Borón, Atilio. (2001) *Sobre mercados y utopías: la victoria ideológico-cultural del neoliberalismo*, mimeo, 22 de agosto.
- Concheiro, Elvira (compiladora). (1999) *El pensamiento único: fundamentos y política económica*, Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco e Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chhibber, Ajay. (1997) “El Estado en un mundo en transformación”, Revista *Finanzas y Desarrollo*, Publicación trimestral del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, Vol. 34, número 3, septiembre, pp. 17/20.
- Fernández Santillán, José. (1999) “Globalización y estado nacional”, revista *Este país. Tendencias y opiniones*, núm. 104, México.
- Forrester, Viviane. (1998) *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 11ª reimpression, México, abril, p. 23.
- Friedman, Milton (1980) *Libertad de elegir*. Edit. Orbis, Barcelona, España.
- Fukuyama, Francis. (1994) *El fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, México.
- Glockner, Julio. (2002) “La chispa de la vida en la autonomía de los pueblos indios”, Revista *Caja Negra*, número 3–4, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la BUAP, Enero–diciembre, pp. 24/28.
- Gray, John. (1999) “Las desilusiones del capitalismo globalizado. Falso amanecer”, *Nexos*, número 260, México, agosto, pp. 35/52.
- Hayek, Friedrich A. (1990) *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1990. La 1ª edición en inglés se publicó 1994.
- Heredía, Edmundo. (1997) “La región en la globalización y en la historia de las relaciones internacionales latinoamericanas”, Revista *Ciclos*, número 12, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, pp. 77–97.
- Hernández Prado, José. (2002) *Sentido común y liberalismo filosófico*, Universidad Autónoma Metropolitana–Azcapotzalco, México.
- Ianni, Octavio. (1997) *Teoría de la globalización*, Siglo XXI Editores/UNAM, 2ª edición, México.
- León, Dulce María. (1998) “¿Desaparece el Estado–nación?”, Revista *Economía Informa*, número 269, Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, julio–agosto, pp. 13/24.
- Marx, Carlos y Federico Engels. (1848) “El Manifiesto del Partido Comunista”, *Obras escogidas*, dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1966, t. 1, pp. 12/50. La 1ª edición en inglés está fechada en 1848.
- Morín, Edgar. (1984) *Ciencia con Consciencia*, Barcelona, España, Antrophos.
- Ornelas Delgado, Jaime.
- (2001) “Globalización, mercado y Estado nacional”, Revista *Contraste*, número 1, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias Sobre Desarrollo Regional (CIISDER), Universidad Autónoma de Tlaxcala, Enero - Junio de 2001 pp. 109/135.
- (2001) *El neoliberalismo realmente existente*, Dirección de Fomento Editorial de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2ª Edición.
- Paramio, Ludolfo. (1988) “La crítica marxista del Estado de Bienestar”, Revista *Economía Informa*, número 163, Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, agosto, pp. 61/72.
- Peón Solís, Augusto. (1999) “A propósito de la globalización: ¿Es inminente la desaparición del Estado?”, *Este País. Tendencias y opiniones*, número 102, México, septiembre, pp. 33/40.
- Petras, James. (2003) “Construcción imperial y dominación”, en *La Jornada*, 27 de julio, p. 28.
- Pradilla, Emilio. (1996) “Teoría territorial: entre totalización y fragmentación”, Revista *Ciudades*, número 29, Red Nacional de Investigación

- Urbana, México, enero-marzo, pp. 15–20.
- Radrigán, Juan. (2001) “Globalización, dominación y sentido común neoliberal”, Revista *Aportes*, número 16, Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, Enero–abril de, pp. 43/56.
- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca. (1991) “Lo internacional y lo regional”, en Blanca Rebeca Ramírez Velázquez (Compiladora) *Nuevas tendencias en el análisis regional*, Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco, México, pp. 78/92.
- Saldívar, Américo. (2000) “Globalización: pobreza, deterioro ambiental y recursos naturales”, Revista *Memoria*, número 137, julio, pp. 42/45.
- Soros, George. (1999) *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*, Plaza & Janés, México.
- Stefanía, Joaquín. (2000) *Contra el pensamiento único*, Taurus, Barcelona, España.
- Touraine, Alain. (1994) *Crítica de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Valaskakis, Kimon. (2001) “Westfalia II: Por un nuevo orden mundial”, Revista *Este país. Tendencias y opiniones*, Número 126, México, septiembre, pp. 2/13.
- Vite Pérez, Miguel Ángel. (2001) “Una reflexión sobre los derechos sociales en un mundo globalizado”, *Este país. Tendencias y opiniones*, número 127, México, octubre, pp. 58/62.